

RESEÑAS

Antonio Gonzales Montes

Ribeyro. El arte de narrar y el placer de leer.

Lima, Fondo Editorial de la Universidad de Lima, 2010; 200 pp.

El cuento peruano tiene una larga tradición y esto se constata si hacemos una revisión diacrónica de este género sintético. Allí encontramos historias y personajes que inmediatamente se incorporaron a la memoria de la comunidad lectora peruana. Cuentos como “Paco yunque”, “El caballero Carmelo”, “El sueño del pongo”, “El bagrecito” sus tramas y sus personajes circulan en la memoria colectiva y atraviesan generaciones de generaciones, esta existencia persistente ayuda a configurar el imaginario nuestra nación polisistémica, o esa totalidad contradictoria de la que nos hablaba Antonio Cornejo Polar.

En los años 50 la narrativa peruana se despliega en dos ramales creativos fundamentales: el neoindigenismo y la narrativa urbana. En esta década, se publican libros importantes como *Nahuin* (1953), de Eleodoro Vargas Vicuña, los libros iniciales de Carlos Eduardo Zavaleta como *Los Ingar* (1955) o *El Cristo Villena* (1956). Autores que esperan estudios que muestren la hondura de su mensaje y la maestría de su escritura. Dentro de estas lógicas del recuerdo, consideramos que el autor que más cuentos ha instalado en la memoria del lector es Julio Ramón Ribeyro, quien se ha constituido en todo un clásico del cuento peruano, “Los gallinazos sin plumas”, “De color modesto”, “Una aventura nocturna” o “Alienación” son textos infaltables en las antologías. Lamentablemente, no ha tenido la mis-

ma suerte como novelistas pues sus novelas *Los geniecillos dominicales*, *Cambio de guardia*, *Crónica de San Gabriel*, no terminaron de convencer a la comunidad lectora, aunque también tienen su valor. De la misma manera ni sus ensayos, ni los textos del género de dicción logran igualar la celebración de sus cuentos. No obstante son destacables los textos de filosofía ágil, o de filosofía de bolsillo como se les llama a *Prosas apátridas*. En los que aflora una sabiduría circunstancial y cotidiana. A las claras su obra cuentística ha recibido una mayor atención pues se le ha dedicado varias tesis. Una última investigación doctoral es la sustentada por el profesor Antonio González Montes, quien ya nos ha entregado varios estudios a la comunidad hermenéutica como *César Vallejo* (1969). *Estructura del texto novelístico* (1987). *Semiótica* (1989). *Periocuentos peruanos* (1997). *Escalas hacia la modernización narrativa* (2002). *Introducción a la interpretación de textos literarios* (2003). Y ahora, *Ribeyro. El arte de narrar y el placer de leer*. (2010). Hay varios aciertos que señalar en este libro. El primero es el subtítulo del libro donde se propone dos prácticas fundamentales: El arte de narrar y el placer de leer. Enunciados que describen la convergencia armoniosa entre el autor y el lector, pues si hay arte en la narración hay placer en la lectura, ello se constata inmediatamente cuando se lee este libro donde se analiza, interpreta,

crítica y evidencia la maestría con la que Ribeyro escribe sus cuentos haciendo uso de técnicas que seducen inmediatamente al lector, historias donde el más simple evento del discurrir de la vida es convertido en una pieza artística. Allí se muestra el entramado de los desengaños como en “Profesor suplente”, las ilusiones muertas como en “Una aventura nocturna”, o el triunfo de lo falso en la “Botella de Chicha”. Las realidades crueles como “Interior L” o “Las botellas y los hombres”, o situaciones inexplicables, porque emerge sorprendentemente lo contrafáctico como “Insignia” o “Doblaje”. También muestra los filos de una crítica que toca la perversidad del ser como en “Los Moribundos”, donde unos celebran dionisiacamente sus victorias mientras al otro lado de la pared otros hombres están agonizando, luchando contra la muerte, soldados que son víctimas de una guerra inexplicable en la que no tienen biografía pues no existen sino como instrumentos de los intereses de clases poderosas o de los políticos de turno, seres que son contados cuando hay que ir a la guerra, pero no cuando hay que compartir la riqueza.

El libro del profesor Antonio González Montes presenta una estructura didáctica, clásica y ordenada como los cuentos mismos de Ribeyro. De esta forma se compone de dos partes, la primera básicamente teórica y la segunda, cuando el autor ya premunido de las herramientas teóricas de la narratología, nos ofrece una lectura del universo ribeyriano.

En la parte teórica se detiene en la teoría del cuento y en las técnicas narrativas. Allí explora la categorías narratológicas y las va entretejiendo con la ideas de Ribeyro, intertextualidad que permite constatar la praxis que desarrolla el autor de *La palabra del mudo*. Los autores que convoca para el tema son Juan Bosch y Carlos Reis y Ana

Cristina M López estos últimos autores del útil *Diccionario de narratología*. Analiza González Montes las propuestas teóricas del cuento y halla que las características principales de este género son la concentración y la linealidad que atrapan al lector pues las acciones se ven potenciadas por sus efectos. También se ocupa de las técnicas narrativas. Aquí hace dialogar las categorías de la narratología con las ideas que tiene Ribeyro sobre arte de narrar, principalmente. Por ello cita puntualmente su famoso decálogo y su artículo “Las alternativas del novelista” (1976) donde destaca las técnicas de organizar y ejecutar un relato de forma que logre el máximo grado de eficacia. Se ocupa de tres tipos de narradores-sabedores, autodiegético, heterodiegético, homodiegético. La presencia de estos narradores y su funcionalidad la explica en la segunda parte donde se realiza la lectura sistemática de los cuentos del autor de *Los dichos de Luder*.

En la segunda parte, que la titula estudio de la cuentística, asume el desafío de leer los tres primeros libros de Ribeyro. *Los gallinazos sin plumas* (1955). *Cuentos de circunstancias* (1958) y *Las botellas y los hombres* (1964). Sin dejarse seducir por la posición de textolatra hace una lectura mesurada y puntual de cada uno de los treinta cuentos. En cada uno de los cuentos sigue fielmente su estrategia analítico-interpretativa. Primero contextualiza el cuento dentro de la producción del autor de *Cambio de Guardia*. Luego plantea la historia, de acuerdo con la elasticidad discursiva, sintetiza la anécdota, la modela y la vuelve manejable para el análisis, práctica útil que casi ya es un olvido en la última crítica literaria, pues si antes se resumía el texto para poder analizarlo, ahora en las interpretaciones, desaparece completamente el texto objeto de comentario, o queda opacado por la “sabiduría” de quien interpreta al texto, dejando uno que otro tenue hilo de la historia, y algún

personajes fantasmal que pugna por sobrevivir a la interpretación. Por ello el libro que comentamos es valioso porque lo asiste la sencillez por encontrar el valor de los textos antes que demostrar cuanto pensamiento ajeno se ha instalado en la cabeza. Otra parte, en su análisis se evidencia los manejos técnicos del arte de escribir, González Montes, usa las categorías solo cuando son necesarias, ya que muchas veces, muestra una gran modestia en el uso del saber, que lo orienta a evitar y ostentar su severa formación académica, antes que una pose de sabio aparente, prefiere encontrar una palabra más transparente y menos indigesta. Luego rescata los valores temáticos y de contenido y los conecta con el mundo referido. Es en esta parte donde hace entrar en diálogo los mundos, donde vuelve porosa la frontera, para que el texto literario no sea indiferente a su contexto sino que entable una conversación. Por ello se fija en las nominaciones rígidas que generan semióticas vinculantes entre la representación y lo representado. Así señala nombres, fechas, lugares, situaciones que desde la lectura del texto hacen inevitable el anclaje con el mundo real, como ocurre en el análisis de “Los moribundos”. Y en un gesto de cortesía con el lector, al final de cada análisis nos presenta un cuadro o esquema resumen de la interpretación expuesta.

Para el estudio de los libros de Ribeyro sigue el orden cronológico de su aparición. Inicia su análisis con uno de los cuentos más leídos de Ribeyro “Los gallinazos sin plumas”. En el destaca la maestría en la administración de la trama, donde se representa un mundo conflictivo y dramático. Mundo donde el hombre llevado por las circunstancias sociales es conducido a grados de animalidad. Donde la alegoría grotesca del Chanco Pascual termina devorando a todos, así se come el perro como al propio don Santos. Mientras parece de-

cretar que la libertad siempre será trunca para los niños, tal como lo demuestra el análisis de González Montes. Parece que a los personajes no será posible escapar a su destino pues si creen que salen de un escenario tormentoso, torturante para encontrar claridad y humanidad, al final se advierte que solo los espera, a los hermanos, una inmensa mandíbula que es la ciudad dispuesta a fagocitarlos.

El segundo libro que estudia es *Cuentos de circunstancias*. El primer cuento que analiza es “La insignia”. Donde señala el carácter azaroso del cuento. Destaca el hermeneuta, la forma de dosificar la tensión en el desarrollo de la historia, que es guiada por encuentros casuales e ignotos, que lindan con lo absurdo pero que cobran coherencia cuando el personaje central se sumerge en un mundo que está bajo su dirección.

En el tercer libro *Las botellas y los hombres*, encuentra que los cuentos han sido escritos en un autoexilio. En una posición nostálgica donde las realidades son actualizadas por la memoria al momento de realizar la representación. Están los cuentos como “Las botellas y los hombres”, donde se muestra una ética invertida, pues nos relata un mundo donde los valores son suspendidos, para emerger actos inexplicables, como que un hijo mate al padre. Otro texto que analiza con profundidad Antonio González Montes es “Los moribundos” allí evidencia como Ribeyro a través de un cuento refleja la realidad devastada por interés de parte, a la vez, formula un cuestionamiento a la organización y alcances del Estado. Por ejemplo, cuando se presenta la escena de los heridos, espacio donde se encuentran ecuatorianos y peruanos, en esta situación se encuentra un soldado peruano agonizante que quiere expresar su voluntad pero encuentra que ningún peruano lo entiende

porque hablaba en quechua, solo uno entre los heridos logra entender lo que dice: el soldado ecuatoriano, quien comparte el código y la cultura. Este relato muestra un país dividido, donde la palabra del quechuhablante es una palabra de mudo, en un mundo sordo a las múltiples voces y lenguas que circulan en esta nación civil. También cuestiona lo falso de las denominadas fronteras, las mismas que se borran por los fuertes lazos culturales que se establecieron en la antigüedad y que se interrumpieron por las voluntades políticas y que esas mismas voluntades ahora enfrenta a los hermanos quechuas simplemente por resguardar sus intereses, todo ello es explicado con detenimiento por Antonio González Montes. También están analizadas esas historias del desencanto como “De color modesto” o “Una aventura nocturna”. También esa otra historia donde los estados alterados terminan invirtiendo los roles, y las distancias, supuestamente, se acortan o se anulan como en “El Jefe”, y que una vez retornada la ecuanimidad vuelven a emerger las jerarquías y los distanciamientos.

Luego del riguroso análisis de los cuentos, el libro cierra con un conjunto de conclusiones que se vuelven evidentes por la claridad expositiva de sus interpretaciones: así sentencia que hay la predominancia del narrador heterodiegético o en tercera persona que recrea los sucesos, diseña los espacios y ambientes. A ello le suma su carácter omnisciente pues sabe de los sentimientos y pensamientos de sus personajes. Con relación al tiempo de la historia, constata que predomina el “cuento fragmento” donde el tiempo y el espacio son restringidos. Además muestra que hay una preferencia en Ribeyro por el inicio *in medias res*, que sorprende al personaje in medio de sus acciones. Otro

elemento destacable es la elipsis, este recurso lo observa en los cuentos como “Los gallinazos sin plumas”, “El jefe”, “La piel de un indio no cuesta caro”, “La tela de araña”, que se orientan a un desenlace único y sorprendente que el narrario debe completar, a partir de la lógica que se ha instalado en el texto. Otra característica que destaca en los cuentos de Ribeyro es su carácter lineal en el tiempo de la historia. También encuentra González Montes que los objetos en los cuentos de Ribeyro no tienen una mera presencia física sino que se semiotizan con varios significados, que los vuelve protagónicos en los relatos, por ejemplo en “La botella de chicha”, “Los eucaliptos”, “Los merengues”. En conclusión el libro se escribe con una prosa sencilla e inteligente, que reprime toda languajejería. Evita todo malabarismo verbal, para dar paso a la claridad, que ayuda en la revelación de los significados. Una lectura honesta que encuentra lo que hay en los textos y no curioseosa ociosamente en los filos de los significantes. No busca opacar la riqueza del texto con el brillo de las categorías o teorías sino que muestra una lectura del placer, del goce con el texto. Apuesta por el sentir, por el placer desde la escritura, como escribe Roland Barthes, todo aquello que ha sido escrito en el placer es susceptible de ser leído en el placer, este encuentro con estas sensaciones plantea este libro de Antonio González Montes, sin caer en un hedonismo gratuito, por el contrario busca hacer emerger la dimensión del texto artístico.

Por los valores que muestra este libro, sabemos que se constituirá en un aporte significativo a los estudios de la literatura peruana en general y de la obra de Julio Ramón Ribeyro en específico, por ello su lectura se vuelve más que necesaria (Mauro Mamani Macedo).